

## Reseñas de Libros / Book Reviews

---

**Chaput, Marie-Claude; Pérez Serrano, Julio (eds.), *La transición española. Nuevos enfoques para un viejo debate*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2015, 355 pp.**

Por Brice Chamoleau  
(Université Paris 8)

La contribución que aportan Marie-Claude Chaput y Julio Pérez Serrano a la reflexión activa que se está produciendo sobre el inmediato posfranquismo, al calor de la crisis económica, social y moral que vive España desde 2008, se inscribe de manera singular en este dinámico campo de estudio. Su proyecto no surge sólo del inmediato interés suscitado por la dramática situación política y económica española desde el inicio de la crisis: al ser uno de los resultados de varios años de trabajo colectivo, es algo anterior a la eficaz fórmula de Guillem Martínez que se ha instalado en el panorama historiográfico actual, que critica vigorosamente la hegemónica «cultura de la Transición», heredada de los cambios de los años setenta. La labor efectuada, subrayada por Marie-Claude Chaput, consiste tanto en indagar en los límites del concepto rector de la pacífica y modélica transición, el «consenso», como en rescatar, donde los haya, «los aspectos positivos de la Transición» (p. 38).

Ésta podría ser la línea que defienden los dos editores del libro: rescatar el acontecer de la «transición» posfranquista, mediante un análisis discursivo de la fragua del «consenso» centrado, e indagar a la par el inmediato corolario de la imposición de este nuevo horizonte colectivo para España: la exclusión de determinados sujetos políticos implicados en proyectos revolucionarios de izquierdas, progresivamente descalificados dentro del nuevo orden democrático –de corte europeísta e inscrito en el capitalismo tardío en vía de consolidación.

La reunión de las diferentes contribuciones, polifónicas tanto a nivel de material estudiado como respecto a interpretación global de la transición, permite dibujar un mapa de los sujetos que se comprometieron en la democratización de España y cuestionaron los fundamentos de la transición que han gozado de éxito historiográfico hasta hace poco: un proceso consensual dirigido hacia la consecución de la «normalización» española –el alineamiento de España con las democracias del mundo capitalista–, un proceso pacífico que repudió los fantasmas de las violencias políticas surgidas a partir de 1936 acallando las voces disidentes, y por último un proceso pilotado por élites políticas y económicas supuestamente preclaras. El conjunto del libro alimenta una versión crítica con esta historia oficial del proceso transicional y recoge estudios que extrañan la evidencia del «buen puerto» democrático al que habría llegado la sociedad española después de la dictadura de Franco. Amén de nutrir una visión apacífica del proceso con la contribución de Sophie Baby, se vuelve a inyectar en el tardofranquismo y el inmediato posfranquismo una dimensión que podrían haber perdido con una lectura demasiado satisfecha con el devenir democrático: aquella que sostiene la existencia de una disputa ciudadana entre determinados sectores sociales y las elites políticas y económicas de aquel entonces sobre qué formas y contenidos había que darle a la democracia española. Se insiste nuevamente en el desarrollo de las actitudes democráticas dentro de estructuras variadas de la sociedad española del tardofranquismo y de la transición, ya conocidas por la historiografía, es cierto: los municipios, los sindicatos obreros o movimientos sociales como el estudiantil. Más aún, al indagar en la hegemónica extensión del consenso y en su capacidad para desactivar las resistencias y alternativas políticas, este concepto aparece planteado al mismo tiempo como práctica cultural del orden democrático que se gesta. El

artículo propuesto por Christine Moreau sobre voces disidentes y *El País*, aunque ambiguo respecto al concepto de violencia en la transición, ofrece un mapa sugestivo de la regulación de los discursos disponibles dibujando lo que es audible en el espacio público transicional, lo que se puede decir y lo que no, dándole al proyecto consensual una existencia ya no sólo política sino también cultural, el proyecto del « sentido común » y de la moderación que en adelante deberán habitar la vida política española.

Explorando esta vez en clave de políticas memoriales la perpetuación de una cultura de la transición consensual en la España posfranquista, Jesús Alonso Carballés ofrece un interesante estudio sobre los espacios y monumentos memoriales dedicados a la transición en la España actual, donde desvela el sesgo conservador de dichas políticas memoriales por cuanto no suelen recoger la dimensión colectiva -y por tanto la disputa social a un Estado procedente de la legalidad franquista- inherente al proceso de democratización. La patrimonialización de la memoria es, de nuevo, campo de batalla por el significado del cambio, en este caso por cuanto elude a sujetos fuertemente implicados en la construcción del orden ciudadano posfranquista en aras de la celebración de la reconciliación y de la pacificación de la vida colectiva española, valores capitalizados por una memoria poco interesada por hacerle justicia a la implicación social en el cambio de régimen.

Esta naturalización política y cultural del consenso no sólo aparece confrontada en el libro con artículos que desvelan su carácter construido y políticamente interesado, sino que además viene a confrontarse con subjetividades disfuncionales, que no encajan en el mundo social estabilizado por la memoria de un consenso entre los españoles y las españolas sobre qué debe ser el nuevo orden democrático. Especial interés revisten así los trabajos de Iván López Cabello y de Aránzazu Sarría Buil, que estudian respectivamente la trayectoria del republicano Bergamín, su mirada hacia la escasez de alternativas al cerrarse el horizonte republicano, y las prácticas político-culturales de la juventud española empeñada en fraguar poéticamente horizontes vitales fuera de los espacios políticos instituidos por una cultura dominante, identificada al orden consensual y heredada de gene-

raciones que vivieron bajo la dictadura. Con esas subjetividades disfuncionales, los autores nos adentran en mundos sociales y representaciones culturales que no tienen espacio en un relato transicional que maneja un concepto de política únicamente coextensivo a los partidos y al Estado « actores del consenso »: se establece un inventario de sujetos y prácticas que desafían la conceptualización apaciguada de una transición exitosa, capaz por tanto de darle un sentido vivencial a trayectorias históricas fácilmente relegables como propias del « desencanto » (pos)transicional, entendido éste como desilusión y apartamiento de la vida política de sectores sociales importantes.

Esas memorias solapadas por el paradigma historiográfico que ha dominado el relato de la «transición» y su posicionamiento respecto al orden ciudadano en construcción a finales de los setenta invita a una lectura polifónica del libro en torno a lo que significa «democracia», entendiendo la palabra tanto como parte del léxico del pasado como categoría de análisis social para describir las voces que se implicaron en el cambio desde abajo. Si Julio Pérez Serrano asume una definición historizada del concepto, señalando que el horizonte democrático del consenso político aparece como el alineamiento de España con sus modelos/diseñadores occidentales, en otras propuestas, la definición se precisa menos, manteniéndose la voz «democracia» en un espacio ideal y no actual.

La cuestión es clave sin embargo para afinar el mapa de los sujetos que no incorporó la nueva democracia en su patrón político y cultural. El artículo propuesto por Eduardo González Calleja sobre el movimiento estudiantil sostiene así la tesis de que éste «constitu[yó] una eficaz escuela de aprendizaje político y de inculcación de valores cívicos sobre el conjunto de la sociedad» (p. 174), sin apuntar, como lo han hecho otros historiadores (Álvarez Junco: 'Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista', en Enrique Larraña and Joseph Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 1994, p. 413-442; Sánchez León: "Radicalism without Representation: On the Character of Social Movements in the Spanish Transition to Democracy", en Gregorio Alonso y Diego Muro (eds.), *The Politics and*

*Memory of Democratic Transition. The Spanish Model*, Nueva York y Londres, Routledge, 2010, p. 95-112), en la escasa identificación de la juventud, en este caso madrileña, hacia quienes pretendían representarles en las universidades: éstos reproducían lenguajes, formas y prácticas de sus mayores que lideraron el proceso transicional, bastante distantes de las prácticas y de los imaginarios cívicos de las comunidades juveniles que se mantuvieron a distancia del entusiasmo constitucional. La encarnación social de los valores cívicos portados por estos sujetos podría haber completado el mapa de las fuerzas democráticas, con un rastreo de las percepciones y de las tensiones morales de determinadas comunidades acerca del contexto democrático en construcción. Las voces correosas, desde el movimiento obrero revolucionario hasta la juventud procedente de las clases medias que se enfrentan con el legado sociocultural franquista, constituyen rastros de que lo que se entiende por «democrático» entonces es objeto de profundos debates, lo cual obliga a indagar en el espesor moral de las actitudes cívicas de los sectores sociales implicados en la democratización. De lo contrario, corremos el riesgo de reintroducir la división clásica del liberalismo entre Estado disciplinario y sociedad civil portadora de libertades donde no es deseable, al ser difícilmente sostenible por cuanto separa a los sujetos del contexto global en el que se subjetivaron, impidiendo así que se examine lo que parte de aquella comunidad social democrática procedente del franquismo pudo compartir con sus experiencias bajo la dictadura.

Este importante aspecto podría haber complejizado también la concepción de la temporalidad que emana del archivo fotográfico que maneja Mario Díaz Barrado, donde se analizan las imágenes emblemáticas de la transición siguiendo un despliegue que consagra la visión de un cambio de régimen equiparado a un «abismo histórico» al analizar conjuntamente una foto del difunto dictador en el Valle de los Caídos y la proclamación de Juan Carlos I (p. 263). Esta temporalidad es la que sustenta semánticamente a la «Transición», pero ya contamos con un amplio abanico de aportaciones que va de estudios culturales a la historia del derecho que desacreditan esta dimensión tan rotundamente rupturista. Estos rastros fotográficos identifican tal vez más la «transición» a un espectáculo

visual, mediático y en buena parte televisivo, consumible, antes de constituir un fiel archivo de imágenes que dan cuenta de un tiempo encarnado como tal por los españoles y las españolas. Dichos aspectos encuentran en el trabajo de Marine Lopata sobre la revista *El Papus*, por ejemplo, material para ingeniar otras percepciones del tiempo transicional, imaginando la apertura de espacios discursivos y su rápido cierre: entre un momento y otro, temporalidades se inventaron que fueron experimentadas por sujetos que pierden espacios y legitimidad conforme la moral del consenso se endurece y se hace evidente.

Otro elemento que habría merecido mayor desarrollo en determinados trabajos es la imprescindible inscripción del proceso transicional dentro de un orden político internacional, la integración de España dentro del occidente capitalista en el contexto de la Guerra Fría. El alineamiento que supuso para España no sólo puede pensarse separando políticas exterior e interior, sino contemplando la correspondiente reorganización de las fuerzas políticas y de los sujetos políticos legítimos en la España posfranquista que implicó la internacionalización de ésta. En este sentido, las clases medias, sujeto central de un capitalismo de consumo que se consolida desde los años 1960 en España, constituyen aquel sujeto necesitado de «pactos interclasistas» que desactivan los sujetos que luchaban por una «democracia obrera» (p. 123) y por tanto, obliga a matizar los aires de libertad conseguidos por el movimiento obrero al final de la transición (p. 162). La incipiente integración de España dentro de la globalización capitalista, estudiada por Joan Garcés (*Soberanos e intervenidos*, Siglo XXI, Madrid, 1996) por ejemplo, que organiza constitucionalmente la desprotección de los trabajadores y de la economía españoles, corre parejas con el advenimiento de un modelo social que consagra el capital simbólico de las clases medias en torno a las cuales se estructura el solapamiento de las jerarquías de clase. Por ahí, no se quiere decir que el Estado de derecho conseguido por las luchas sociales y el reformismo estatal no constituya un marco propiamente democrático: España, para entonces, se ha dotado de instituciones democráticas, aunque claramente conectadas con el franquismo, al instituirse una monarquía parlamentaria. Pero sí se puede

incidir en la manera cómo están habitadas dichas instituciones, en un marco global que califica nuevamente las relaciones de dominación social desde un contexto político, social y moral propiamente local: el franquismo del desarrollismo de los años 1960 que aclimata valores tradicionales con los nuevos valores procedentes del consumismo.

Por ahí, tal vez, se pueda ahondar en el debate que los editores abren al final de su introducción, apuntando a la dimensión generacional de la escritura de la historia —al menos ésta es la lectura que hice, de manera más o menos consciente: «[e]s comprensible [escriben] que la nueva generación quiera escribir su propia historia y sería del todo infructuoso intentar impedirlo» (p. 16). Entiendo que el debate vaya dirigido no tanto hacia una historia oficial de la transición cuya mayor derrota consiste en la implicación de una parte sustancial de los españoles en contra de la cultura de la transición, sino más bien hacia maneras de concebir e imaginar, para generaciones de investigadores y de ciudadanos más jóvenes (y no sólo), el cambio sociopolítico que conoce España en los años setenta.

El libro invita a este debate generacional, especialmente al incluir diferentes testimonios de voces de las izquierdas españolas de los setenta, donde se afirma un concepto de «clase» que ha desaparecido como tal de la producción académica, a favor de categorías que analizan la dominación desde aparatos heredados de la deconstrucción. Ésta se interesa por dar cuenta de estrategias contingentes de lucha antes que por una crítica al paradigma del capitalismo global dado por insuperable. Pero reinterpretaciones de la transición que renuncien a estabilizar, parcialmente al menos, un concepto de clase, no contemplan que este mismo concepto fue operacional en aquel pasado reciente, que consiguió articular sujetos antes de su desarticulación por un nuevo modelo consumista, mesocrático (Sánchez León, «Desclasamiento y desencanto. La representación de las clases medias como eje de una relectura generacional de la transición española», *Kamchatkan*, nº 4, 12/2014, p. 63-99), encubridor de dominaciones socioeconómicas aún vigentes.

Generacionalmente, la producción académica tiene que lidiar con su propia historicidad y lo que une las voces críticas con aquello que critican, el legado sociológico transicional y luchas sociales perdidas. La propuesta de reunir a investigadores y voces diversas invita por tanto a este diálogo, que es un debate sobre maneras de contar el pasado reciente, donde se recogen sujetos dispersos en una misma tentativa de comprender los varios procesos de subalternización que supuso la «transición». En esto radica el interés del libro: desplazar miradas cruzando voces y alimentar espacios críticos.

**González Martínez, Carmen; Escudero Andújar, Fuensanta; Andújar Mateos, José, *El naufragio de la humanidad: Republicanos españoles y murcianos en los campos de concentración*. Alzira (Valencia), Enkuadres, 2015, 282 pp.**

Por Joaquín Piñeiro Blanca  
(Universidad de Cádiz)

Un necesario ejercicio de memoria es el que contiene *El Naufragio de la Humanidad*, que recupera del pasado, con gran rigor científico, los nombres de aquellas personas que sufrieron los horrores del nazismo y del fascismo, con el imprescindible objetivo de difundir este trágico episodio con el propósito de asegurar que una experiencia así no vuelva a repetirse nunca.

Uno de los numerosos y heterogéneos colectivos que fueron víctimas del nazismo estuvo integrado los republicanos españoles internados y/o asesinados en sus campos por el mero hecho de ser republicanos, materializándose aquí uno de los muchos servicios que Hitler prestó a Franco. Para reparar el dañino olvido institucional que aún hoy se extiende sobre las víctimas directas e indirectas del franquismo se ha escrito este magnífico volumen, que en forma y contenido cumple ampliamente con los objetivos propuestos. Así, la publicación aquí reseñada estudia rigurosamente y da voz a las cuatrocientas veinte personas de origen murciano (localizadas hasta ahora) que fueron víctimas de la cruel acción del régimen nazi. De ellas, doscientas cincuenta y cuatro fueron asesinadas (veinticinco gaseadas), ciento cuarenta y seis serían liberadas, tres quedaron registradas en la documentación manejada por los au-